

Las dos caras DE LA demagogia

POR: JOSÉ LUIS GARCÍA SILVA*

“Apelas a la guerra para evitar que la gente vea
a través de tus crímenes”.

ARISTÓFANES, *LOS CABALLEROS*

* José Luis García Silva, estudiante de primer semestre, Lengua y Literatura Hispánicas,
Facultad de Humanidades, UAEMéx, jluisgsilva16@gmail.com

Ilustrado por: Raúl Daniel Garduño Perdomo, estudiante de la
Facultad de Arquitectura y Diseño, UAEMéx, danielmiauny@hotmail.com

Una de las elecciones presidenciales más polémicas en la historia de Estados Unidos es la de Bush *versus* Gore en el 2000, cuando salieron a votar solo 5.9 millones de norteamericanos de un total de 282.2 millones. La contienda concluyó favoreciendo a Bush por muy poco (aunque muchos todavía dudan del resultado). El 7 de noviembre fue el último día para ejercer el derecho al *early voting* y en el estado de Florida (decisivo en la mayoría de las elecciones) ya habían votado más de 6 millones de ciudadanos en las primeras horas de la jornada. Era un interesante comienzo para lo que prometía ser una emocionante temporada.

Hoy, a diferencia de la elección del año 2000, la polémica no surge de una diferencia de 537 votos entre candidato y candidato, sino de los candidatos en sí. Donald Trump, aspirante republicano, y Hillary Clinton, demócrata, podrán ser distintos en casi todos los aspectos y estar en desacuerdo en la forma de lidiar con los conflictos que sufre su país, pero tienen algo en común: su impopularidad. Desde los cargos de abuso sexual que enfrenta Donald Trump y sus múltiples declaraciones de bancarrota, hasta los infames e-mails del servidor privado de Hillary Clinton o los cargos de abuso sexual en contra de su cónyuge, ambas campañas se han visto severamente afectadas por escándalos y guerra sucia.



Para entender el dilema en el que se encontró el pueblo norteamericano durante la votación, es necesario recordar algunas de las más notorias desventuras de ambos candidatos. Debido a su carácter de figura pública y sus vociferaciones que nunca pasan inadvertidas, es necesario comenzar con Donald Trump y, para ello, utilizo una cita de Aristófanes de la obra *Los caballeros*: “Un demagogo no debe ser ni honesto ni educado; tiene que ser ignorante y canalla”.



Desde el día en que **Trump** anunció su candidatura, una parte del mundo no ha dejado de mascullar su nombre con asco e incredulidad. Sus discursos son propios de una estrella de *reality show*, principiante en la demagogia, pues utilizó palabras fáciles de comprender y comunicó a través de ellas sentimientos de xenofobia, odio e intolerancia, lo cual pudo haber resultado ampliamente efectivo en comunidades de gente blanca de clase trabajadora, mas no para el resto de la increíblemente diversa población.

Al principio de su campaña, Trump **señaló a los migrantes mexicanos** como violadores y criminales, acusando al gobierno mexicano de “enviarlos”; felicitó a un par de seguidores que golpearon brutalmente a un adulto mayor latino y declaró que ganaría el voto de la “minoría” latina. A pesar de haber sido acusado de violación por distintas víctimas, de proferir distintos comentarios condenables sobre el género femenino (*grab ‘em by the pussy, miss piggy*), y de su oposición o indiferencia ante asuntos relacionados a la legalización del aborto e igualdad de salarios, Trump **alardeó sobre el gran respeto que tiene por las mujeres** (*nobody has more respect for women than I do, nobody*).

Este candidato (ahora presidente electo) se presentó como la encarnación del desenfrenado patriotismo americano que se repartía en panfletos durante la década de 1940, en forma del Tío Sam. Aunque esta era un arma infalible en aquel entonces, ahora parece no tener cabida en un país cada vez más lleno de minorías (muchas de ellas descendientes de inmigrantes ilegales). Con lemas como “**Hacer a América grande otra vez**” y frases como “**No soy otro político**”, Trump se ganó el corazón de los ignorantes, pero no de los republicanos.

Probablemente [Hillary Clinton](#) es la persona mejor calificada para gobernar el país más poderoso del mundo, mas no significa que sea la indicada. La seria ex primera dama se ha caracterizado por ser el símbolo de la mujer capaz y en control. Existen varias pruebas de ello, como la gracia con la que sobrellevó el denominado “[escándalo Lewinsky](#)” –en el que se vio envuelto su marido–, o la elegancia que relució recientemente durante los debates presidenciales frente a su vulgar oponente. No obstante, [tampoco goza de buena imagen](#) en el imaginario colectivo de su país y, aunque muchos atribuyen esto a su sexo, las razones válidas no faltan. Una de ellas es la corrupción comprobada de la Fundación Clinton;¹ otra, aún más sonada, tiene que ver con los 33,000 e-mails del servidor privado que borró aún después de haber recibido una citación de la Suprema Corte por esta razón.

La estrategia de Clinton fue, aunque evidentemente más eficaz, demagogia de la más pura tradición estadounidense. Aristófanes ya lo dijo con elocuencia: “[Siempre mantén a la gente a tu lado, ablandándola con palabras que quiere escuchar](#)”. A diferencia de Trump, Clinton no basó su campaña en odio, sino en mentiras. Desde que Bernie Sanders (el favorito de los *millennials*) quedó fuera de la contienda, Clinton se consolidó como la mejor opción (o la única) para la Norteamérica liberal y, como tal, no vaciló en establecer su posición ante cuestiones como el matrimonio gay. Durante su campaña, la protección de este derecho fue una de las promesas más atractivas, a pesar de que apenas en 2004 habló abiertamente en contra de su legalización (cabe mencionar que

¹ Cuando fue cuestionada al respecto, Hillary contestó hablando sobre los logros y obras de caridad de la organización.



Sanders la apoyaba desde 1983). Es obvio que Clinton buscaba atraer a todos aquellos grupos a los que Trump rechazó o ignoró (negros, jóvenes, mujeres, comunidad LGBT, etcétera) pero esta ha probado ser una tarea difícil, ya que carece de un factor determinante en la victoria de sus predecesores democráticos (el propio Bill Clinton, Obama, Truman y Roosevelt): carisma.

La elección estadounidense del 2016 tuvo al mundo entero con los ojos posados en Estados Unidos y, aunque a mi parecer las consecuencias de esta se han sobrestimado, es verdad que el resultado fue esperado por todos. Es importante recalcar que Trump no es el monstruo que publicaciones de izquierda como *The Guardian* o *The New York Times* quieren presentar, ni Clinton la heroína feminista a la que cantan figuras como Beyoncé. Tal vez estas hayan sido las últimas elecciones en las que la demagogia juegue un papel clave, porque el modelo se está deteriorando.